

DISCURSO

LEIDO POR EL LIC. VICTOR GARRIDO, SECRETARIO DE ESTADO DE EDUCACION PUBLICA I BELLAS ARTES.

Señores:

Tengo a singular fortuna que circunstancias felices me hayan colocado en sitio que me permite ser intérprete, en esta ceremonia destinada a inaugurar el monumento a Hostos, de los agradecidos sentimientos del Gobierno y el pueblo dominicanos hacia el educador eximio que en un momento dramático de nuestra historia sacudió la conciencia nacional con la fuerza creadora de su pensamiento.

Muchos hombres que ocuparon lugar privilegiado entre sus contemporáneos han caído, al paso del tiempo, en sepulcros sin auroras de resurrección. La posteridad, al ponderar sus ejecutorias y merecimientos, no ha encontrado causa legítima para mantenerlos vivos en el recuerdo de las generaciones. La figura procerca de Eugenio María de Hostos ofrece a la contemplación serena del espíritu investigador el grandioso espectáculo de la montaña coronada de nubes que señorea el valle circundante. Su memoria perdurará para las gentes como estrella inapagable que orientará a la humanidad en cuantas ocasiones flaquea en su marcha ascensional hacia la conquista del bien, de la verdad y la justicia. Las cualidades superiores de que estaba dotado le permitieron caminar triunfante en todos los campos del pensamiento universal y dedicarse, con apostólica consagración, a la generosa y difícil tarea de regenerar al hombre por el perfeccionamiento de sus atributos racionales. Entregado a esa luminosa labor, propia de varones excepcionales, le sorprendió la frialdad que anonadó el ritmo de su corazón y apagó la luz de su cabeza.

Hostos, nacido en Puerto Rico, traspone con majestuosa audacia de cóndor los horizontes de nuestro Hemisferio y escala en el mundo las cumbres representativas del espíritu de la raza. La causa de la independencia de su patria nativa y la de Cuba, últimos reductos del coloniaje español en América, tuvo un fervoroso legionario en este incansable campeón de las libertades humanas. Su abnegada peregrinación al través de las naciones de nuestro Continente para polarizar con su verbo, encendido de fe, la simpatía y la ayuda de la familia americana hacia la isla irredenta que por alcanzar su soberanía se desangraba en lucha heroica, bastaría para presentarle como un devoto combatiente por la dignidad de los pueblos esclavizados. El arrogante batallador que un día en Madrid, arrebatado por

la ira santa de su patriotismo, tronó contra los tradicionales opresores de su patria, era también un reformador social. Los problemas sociales, económicos y políticos de los pueblos que visitó lo conquistaron para su causa. En el Perú se interesó por la suerte de una porción de la raza amarilla sometida a la vileza de mercenarios expropiaciones. En Chile, ganó la batalla por la cultura femenina. En la Argentina, se erigió en el paladín de la construcción del ferrocarril transandino. En Brasil, lo ve haciendo el canto optimista de su prodigiosa naturaleza. El conocimiento de los problemas sociales de los pueblos hispanoamericanos lo convirtió en sociólogo y en educador. Las comunidades americanas pugnaban en vano en escenarios de sangre, víctimas del despotismo y la anarquía, por lograr metas de estabilidad. Hostos no se acobardó ante el sombrío paisaje que se presentó a su observación. Comprendió que el primer trabajo que debía efectuarse era educarlas en el conocimiento de leyes que derivan de la naturaleza misma de las sociedades humanas y que forma el cuerpo de principios normativos de su existencia. Había que lidiar contra la ignorancia, forjadora de satrapías y autócratas; había que capacitar a los hombres para el ejercicio del derecho en pueblos que no conocían sino del abuso de los detentadores del poder público; había que darles el decoro de la libertad a pueblos sometidos a los excesos de la tiranía envilecedora y del convulsionismo anárquico; había que formar una conciencia cívica que es el fruto del convencimiento de que se poseen condiciones esenciales inherentes a la personalidad humana que no pueden renunciarse sino para vivir la vida de los irracionales; había que derribar la centenaria estructura del régimen colonial sobre la cual pretendieron edificar naciones para la libertad las sociedades gregarias que el instinto de conservación había desligado de la nación dominadora. Aquella tarea bastaba para desbordar las fronteras de una vida. Eugenio María de Hostos se puso a trabajar inmediatamente.

Hostos combate en España por la independencia de su patria puertorriqueña. Cuando salta el océano para caer en los Estados Unidos, viene a combatir por la independencia de Cuba que considera necesaria para lograr la de su tierra oprimida. Cuando se cobija bajo el cielo de Puerto Plata junto al héroe de San Pedro, crecen las alas de aquel ensueño sublime de la confederación antillana. Cuando emprende su largo peregrinaje por los países sudamericanos,



le impulsa el ideal político de la libertad de los dos bastiones isleños en que la nación colonizadora hace los postreros disparos en defensa del imperio que se le escapaba de las manos en la noche de sus errores. Hasta aquí Hostos era el patriota que afanaba hasta la agonía por la independencia política de las patrias puertorriqueña y cubana. Cuando se instala en la Rectoría del Colegio Nacional de Puerto Cabello, después de circunvalar la América del Sur, surge el educador. Traía el desconsolador acervo que su personal experiencia había acumulado. Por donde quiera que pasó encontró pueblos sometidos a la opresión del caudillaje, anarquizados por las revueltas intestinas. Era necesario transformarlo todo hasta la raíz. Era necesario preparar la conciencia continental para recibir las nuevas enseñanzas del pensamiento moderno para la gobernación de los Estados. Era necesario educar a los hombres para que pudiesen disfrutar del bien sin precio de la vida ordenada por el ejercicio del derecho, la libertad y la justicia y esta extraordinaria empresa no era para políticos, sino para maestros.

La paz del Zanjón truncó el vuelo a la quimera de la confederación antillana. Hostos, en medio del punzante dolor de la derrota, pensó en Santo Domingo. El egregio adalid no era un desconocido para los dominicanos. En el 1870 su lanza de combate se enristró contra la torpeza antinacional que pretendía desencadenar sobre la República la catástrofe de la anexión a los Estados Unidos de Norteamérica. En el año 1875, desde el tempestuoso palenque de La Educadora, fundada con los auspicios del león del Paso del Muerto, esclareció con la antorcha de su civismo en acción, las nebruras de la política dominicana. Cuando Hostos pisa la ribera del Ozama en el año 1879, no viene como político militante; sino como educador que se apresta a formar un nuevo estado de razón y de conciencia a los hombres que deben actuar en la política. Durante nueve años la vida del Maestro se concentra en la paz hogareña y en la colmena espiritual de La Escuela Normal de Santo Domingo.

El prócer de las magnificencias del espíritu tiene ahora oportunidad para echar al surco la siembra solar de sus ideas. El pedagogo produce sus lecciones, escribe textos de pedagogía y de didáctica, introduce la educación racional y científica y revoluciona el sistema de la enseñanza nacional. Los buños, enceguedos por el resplandor del alba nueva, lanzan su graznido amenazador; pero la razón triunfa de la sinra-

zón y la verdad de la mentira. El normalista lanza doctrinas que son objeto de estudio por pensadores y filósofos; el sociólogo sistematiza principios para la recién nacida ciencia de la sociología; el jurista fundamenta el derecho constitucional haciéndole inseparable de las leyes naturales que rigen al hombre y a las comunidades de hombres. Cuando el Maestro, en el año 1888, emigra a Chile, la sociedad dominicana, revolucionada por su bienhechor influjo, queda en marcha. Los tiranos, las asonadas, las riesgosas caídas, no cortarán su camino hacia el objetivo final en su lucha por una vida mejor. Hostos en Chile continúa siendo maestro. Cuando las trompas guerreras que asordan de nuevo las maniguas de Cuba logran interrumpir su labor magisterial, el político que torna a la arena no encuentra sino el fantasma fugitivo de sus sueños de independencia y confederación. El amor indestructible de los dominicanos le llama otra vez al regazo de la Ciudad Primada para que reanude el hilo de su evangélica misión educativa. El glorioso luchador reemprendió su cristiana tarea de enseñar a todas las gentes.

Eugenio María de Hostos será siempre para los dominicanos, por encima del patriota y del político, del moralista y del pensador, el Maestro, el padre de la enseñanza científica y racional en la República. Para honrar al Maestro estamos congregados en este recinto, que en un cercano futuro será el académico rincón hostosiano, junto al pedestal en que se alza, tallada en mármol, la pensativa figura del apóstol. Afortunadamente para el Maestro de la juventud que nutrió su alma de la fuerza moral que irradiaba de la Escuela Normal de Santo Domingo en la trágica década del 1879-1889, las semillas de bien que arrojó a la tierra no fueron aventadas por el viento helado del crepúsculo. Bajo la ejemplar conducción del Generalísimo Trujillo, Benefactor de la Patria, tras 98 años de infatigable batallar, la República otea confiadamente el porvenir. Frente al Maestro extinto, sembrador de ideales, se levanta Rafael Leonidas Trujillo, realizador de ideales, para quien forma parte de su ética política y patriótica reverenciar el recuerdo de los hombres que por sus eminentes servicios se señalan al homenaje de la gratitud nacional. La generosidad del Gobierno Dominicano, inspirada en esa alta moral de patriotismo fecunda en nobleza, se ha complacido en perpetuar la augusta memoria del insigne educador en la estatua simbólica que ahora inauguramos entre el religioso recogimiento que producen las recónditas evocaciones del alma.